

# FELIPE NERI, UN INSTRUMENTO DE DIOS PARA LA IGLESIA DE SU TIEMPO Y LA DE HOY

## Introducción

Son muchas las “Vidas” que de San Felipe Neri se han escrito, sobre todo a partir de su canonización (1622). Hay que reconocer, no obstante, que muchas consideraciones hechas en esas obras de siglos pasados no son lo suficientemente apropiadas para el lector contemporáneo, ni para el católico que con espíritu pastoral está comprometido con la llamada de la “nueva evangelización” de la sociedad y de los pueblos, según palabras del P. Ángel Alba, del Oratorio de Alcalá de Henares<sup>1</sup>. Este es uno de los motivos que me empujan a no pretender presentar una simple biografía, más o menos llena de anécdotas de San Felipe Neri –patrón de payasos y humoristas–, sino a intentar mostrar cómo el Espíritu de Dios actúa a través de los hombres, y cómo puede actuar en nosotros y en nuestro tiempo.

## Misión centrada en el hombre

Fue mucho lo que San Felipe Neri, estando entre nosotros, dio a la Iglesia, a la sociedad, a la familia, al pobre; fue mucho lo que amó a Dios en su radical entrega, volcada especialmente en su obra del Oratorio... Tanto que dejó un campo abierto en la nueva evangelización proclamada por el Concilio Vaticano II; en la vitalidad de la Iglesia, unida al papel importante del laicado; en la atención a la gente joven, esperanza del futuro; en el diálogo ecuménico con todas las culturas, lenguas y razas...

¿No dijo acaso el Concilio Vaticano II que el divorcio entre la fe profesada y la vida cotidiana era uno de los más graves pecados de nuestro tiempo? Por una parte la denominada vida “espiritual”, con sus valores y exigencias, y, por otra, la denominada vida “secular”, es decir la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura, no fue en Felipe Neri, ni puede ser en nosotros, como pecadores que somos, cuestión de mera coherencia moral. Sólo el reconocimiento y el seguimiento de Jesucristo cambia la vida, le da unidad y sentido, suscita vida nueva y abre camino a su plenitud. Nada de ella puede serle extraño, a todo tiene que imprimir su sello. Es Él que se encarna en nuestro modo de concebir, de trabajar, de convivir, en nuestras amistades..., en toda la existencia.

Corresponde al testimonio de Felipe Neri y vale para nosotros aquello de: *Cuanto más se centre en el hombre la misión desarrollada por la Iglesia; cuanto más sea, por decirlo así, antropocéntrica, tanto más debe corroborarse y realizarse teocéntricamente, ésto es, orientarse al Padre en Cristo Jesús. Mientras las diversas corrientes del pasado y del presente del pensamiento humano han sido y siguen siendo propensas a dividir e incluso contraponer el teocentrismo y el antropocentrismo, la Iglesia, en cambio, siguiendo a Cristo, trata de unirlos en la historia del hombre de manera orgánica y profunda*<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Cf. VEGA, M<sup>a</sup> G., *Fuego, amor, vida...!! La huella de S. Felipe Neri, en el Cuarto Centenario*, Madrid 1994, p. 14.

<sup>2</sup> Cf. JUAN PABLO II, Encíclica *Dives in Misericordia*, n° 1.

## **Corazón inflamado del fuego del Espíritu**

Sin duda el carisma recibido por Felipe Neri, inflamado su corazón con el fuego del Espíritu y dilatado por el Amor, no es sino una modalidad peculiar, fascinante, de ese encuentro y seguimiento de Jesucristo.

Felipe Neri supo ir al fondo de lo real, a lo profundo de la vida y, rezándola, coger la historia por los cuernos, someterla a la luz de la Palabra de Dios, y responder. Quizás sea eso lo que nos esté faltando hoy. Y optó por el rostro materno de Dios, ofreciendo el suyo alegre y misericordioso; al contrario de los que veían la salvación en el castigo o la rigidez.

Su vida fue la demostración de cómo un laico haciendo suyo el Evangelio puede llegar a revolucionar el mundo; de cómo defendiendo la verdad de Cristo no se aparta uno del trato con los demás, sintonizando incluso con los jóvenes y además siendo admirado por los más cultos de la época.

Presentamos ya esta figura ejemplar, pero como ya he advertido, sin entrar en demasiados detalles anecdóticos, sino más bien observando cómo el Espíritu trabajaba en él. Felipe Neri dejó su espíritu a la Iglesia. Un espíritu que, como en todos los santos, es patrimonio de todos. Presentando, pues, su figura, preguntémonos, en nuestro interior, qué parte nos corresponde a cada uno de nosotros.

## **Datos para una biografía apasionante**

Felipe Neri nació en Florencia el 21 de julio de 1515, cuando la lucha religiosa de la reforma protestante se transformaba en una lucha política, económica y social. Una época en la que el laicado estaba corrompido, el clero relajado, las instituciones más bien eran tiránicas... la sociedad entera tenía necesidad de moralizar su existencia, de devolver la vida a una nueva forma humana más digna, más civilizada. Ahí está el reto que nuestro personaje afrontará con su empeño personal y su obra, con coraje y valor.

De su infancia no tenemos hechos excepcionales. Era un muchacho feliz, dócil, dotado de una extraordinaria simpatía y amabilidad y de una gran dulzura y amor para con sus familiares, sus amigos, los animales... tanto que sus contemporáneos, y luego en Roma, le pondrían el sobrenombre de “Pippo Buono”.

Su primera escuela de espiritualidad, donde cultivó su piedad fue el convento de San Marcos de los padres dominicos; donde había trabajado el beato fraile Angélico; dónde vivía aún el recuerdo de Savoranola; donde se veneraba la memoria de San Antonino, arzobispo de Florencia. Él mismo dirá años más tarde a los dominicos de la Minerva en Roma: “Aquello que en el principio de mi edad tuve de bueno, lo recibí de vuestros Padres de San Marcos en Florencia”.

Todavía no tenía dieciocho años cuando se fue de casa, rompiendo el folio de su árbol genealógico. Otras eran sus ambiciones. Tentando la suerte irá con su tío Rómulo, mercader sin hijos, que vivía en San Germano, a la sombra de Montecasino. Allí estará breve tiempo, pues reconoce haber recibido de Dios un tesoro de talentos... pero ¿cómo conservarlo? ¿cómo hacerlo fructificar? El tenía un secreto: amaba a Dios.

La presencia del santuario benedictino, donde no tardó en tener buenos amigos y ser bien recibido, y sus noches de contemplación, en silencio, frente a la inmensidad del mar, en la roca de Gaeta, cuya hendidura, según la leyenda, se hizo en el preciso momento en que Cristo moría en la cruz, le hicieron tomar la decisión irrevocable de entregarse por completo a Dios.

Tomada esa decisión se dirigió como peregrino pobre a Roma. Una ciudad miserable, humana y espiritualmente, fue la que encontró Felipe Neri. Una ciudad sangrante y humillada por el Sacco de 1527, pero que daba muestras de querer volver a la vida fácil y de fáciles placeres. De esa ciudad se irá haciendo su alma hasta llegar a ser su “Apóstol”.

Al principio se alojó en casa de Galeotto Caccia, un florentino que a cambio de la educación de sus hijos le dio alojamiento, pan, queso, olivas y agua fresca.

Completó, por entonces, su formación espiritual en la Sapienza, dedicándose a la oración, la penitencia, la visita a la Iglesias, la cura de enfermos graves y con las enfermedades más repugnantes; sin perder la ocasión de atraer almas a Dios con sus ejemplos, su palabra fácil, el trato amable, la caridad pronta...

En Roma, un lugar amado y frecuentado por Felipe Neri de manera peculiar, fue la catacumba de San Sebastián. Y fue allí donde la vigilia de Pentecostés del 1544, mientras se encontraba en ardiente oración, el Señor se le manifestó en forma de bola de fuego que le penetró en el pecho ensanchándole dos costillas junto al corazón, según se comprobó después de su muerte.

Laico y libre, angélico vagabundo de Dios, fundó en 1548, con otros compañeros de vida devota, la Confraternidad de la Santísima Trinidad de Peregrinos y Convalecientes, que pronto sería una escuela de voluntariado –algo que también hoy parece ser punto importante en nuestra pastoral–. Él, inflamado por el Espíritu Santo se dedicará a los pobres, a los que sufren, a los más infelices que al salir de los hospitales apenas podían sostenerse, y será el alma omnipresente, infatigable, de la hospitalidad de los muchos peregrinos que llegaban a Roma –pensemos que el Año Santo 1550 atrajo a mucha gente a la ciudad, sede de Pedro–, incluso lavando sus pies cansados a imitación de Cristo. Sus ayudantes y compañeros eran cada vez más. Y de la Confraternidad de la Trinidad pronto se habló por toda Roma. El mismo Felipe Neri se maravillaba de cómo siendo un humilde servidor, que se preocupa del prójimo, que se contenta con poco, recogía tantos frutos.

En el año 1551, a los treinta y seis años, por obediencia a su confesor Persiano Rosa, fue ordenado sacerdote en San Tommaso in Parione y se instaló en el convento de San Girolamo della Carità. A partir de ese momento, algo cambia en su vida. San Girolamo es de ambiente tranquilo, y en una pequeña celda y luego en un granero, que poco a poco se irá convirtiendo en capilla, Felipe Neri reúne gente de toda clase social: nobles y gente del pueblo, sacerdotes y religiosos, cortesanos, artistas, pobres, devotos, curiosos..., en un encuentro cotidiano y formativo. La puerta está siempre abierta, tanto para entrar como para salir.

Aquí encontramos dos aspectos fundamentales en la santidad de Felipe Neri: la misa de cada día, donde se une a Dios sintiéndose literalmente abrasado por su amor hasta el punto de oírle gritar: “No más, Señor, no más”. Y la administración del sacramento de la reconciliación, teniendo presente que no se contenta con confesar y absolver, sino que acoge a todos los que van a pedirle consejo hablándoles familiarmente de la fe, de la vanidad de las cosas del mundo, de la belleza de la virtud...

### **Así nace el “Oratorio”**

Y nace así lo que será su obra más genial: el Oratorio.

Pronto habrá que buscar un lugar más espacioso, ya que donde estaban queda pequeño.

Las reuniones son cada vez más numerosas, pero sin estructuras mastodónticas, con simplicidad y humildad. Introduce el uso de la predicación cotidiana de la Palabra

de Dios; recomienda la práctica frecuente –pero humana y sin escrúpulos– del sacramento de la reconciliación y el procurarse una dirección espiritual. Pone como fundamento de la vida de la fe las sólidas bases de la espiritualidad cristiana: la oración, el estudio de las obras de los Padres y el de la historia de la Iglesia. Recoge con inteligencia viva y con serenidad de espíritu los valores auténticos de la cultura humanística de su tiempo y los pone, junto a los valores perennes del cristianismo, como punto cardinal de su proyecto educativo. Así reivindica y restituye las artes (la pintura, la música...) al servicio de Dios y de los corazones.

Obra de caridad, recreación sana y en lugares abiertos, vida sacramental, canto, sermón, llevan al hombre a gustar, a vivir la enseñanza de Cristo, en un ambiente simpático y atrayente.

Será de este modo como Felipe Neri renueva la Iglesia, no con la vehemencia de un Savoranola, ni con la prepotencia de un Lutero, sino con la fuerza dulce de un santo; trabajando en Roma de manera espiritualmente fecunda, humanamente amable, moralmente fascinante, propagando la vida espiritual en medio del clero y de los laicos de toda condición social y en cualquier situación de la vida... Así, el Oratorio se va afirmando cada vez más.

De todos los que a él acudían, parece no obstante, que muestra una predilección especial por los jóvenes. Se hacía amigo, compañero de juegos, padre y maestro de todos ellos, sobre todo de los que vagabundean abandonados por las calles; todos se sentían atraídos por su afectuosa amabilidad, por su alegría. No formó ninguna escuela en el sentido estricto de la palabra, ni trazó programaciones o normas teóricas de enseñanza. Organizaba, llamémosles unas “brigadas alegres” ya de muchachos que llevaba a jugar al Gianicolo, ya de gente adulta para hacer actos de devoción, como podía ser la visita a las Siete Iglesias. Fue un educador paciente y bondadoso, comprensivo y sonriente. Su preocupación constante era dar a conocer las cosas de Dios con paz y simpatía. Había comprendido que no era cuestión únicamente de oponerse al vicio, sino que era necesario proponer otras alternativas que ayudasen a elevar el espíritu. A los jóvenes no les basta la denuncia del mal sino que necesitan la propuesta positiva del bien. No se trata de estar en contra, sino a favor de cualquier cosa válida, porque los jóvenes tienen muchas posibilidades, pero deben ser estimulados, seguidos, sostenidos, animados... y pueden llegar a grandes metas con la oración, el uso de los sacramentos, viviendo en alegría, sin pecado, entre sanos divertimentos y haciendo obras de caridad. Podemos decir que el espíritu educativo del buen padre Felipe se instituye cuando se hace “joven con los jóvenes, sabiamente”.

Fue para todos el “santo de la alegría” por su espíritu jovial que mostraba espontáneamente y que comunicaba a todos. Aquello de *Servid al Señor con alegría* era para él la vida de la vida, una buena norma en la que no encuentra la fuerza de la purificación y de superación de sí mismo. Su escuela, ¡claro que era atrayente!

Como un buen sembrador iba esparciendo las semillas con frases cortas y concisas, llenas de argucia, traduciendo la experiencia de su larga vida y la sabiduría de un corazón habitado por el Espíritu Santo. Son muchas las máximas y “dichos” eficaces, palabra viva, con las que iba invitando a la virtud, y que son patrimonio sapiencial para la espiritualidad cristiana, pues revelan su espiritualidad: la comprensión que acoge a todo el mundo, la caridad ejercida para con todos, la mortificación entendida más que nada como forma de lucha interior contra la vanagloria y la soberbia, la alegría como característica esencial del que se sabe hijo de Dios.

En el mes de septiembre de 1563, cuando contaba 48 años, enfermó gravemente. Sus discípulos y amigos esperándose lo peor ya se preparaban para una separación dolorosa. Pero Felipe Neri, al que los médicos más famosos de Roma daban por

desahuciado, habiendo recibido cuatro veces la Unción de enfermos, declaró serenamente sentirse curado. Y reanudó su vida de siempre, pero... se notaba algo nuevo en él.

Será en este tiempo cuando sus compatriotas florentinos residentes en Roma le piden que sea rector de su Iglesia de San Giovanni, en la via Julia. No puede rehusar. Pero acepta con la condición de poder continuar viviendo en San Girolamo. Así, envió a la Iglesia de los Florentinos a algunos de sus discípulos como capellanes de la misma. Los primeros (César Baronio, Joan Fco. Bordini, Alejandro Fedeli; luego Tarugi, Velli y alguno más) confeccionarán algunas constituciones para la vida en comunidad, en las que se entrevé la mano de Felipe Neri, si más no en el espíritu práctico que revelan. De hecho, se trata de simples padres que viven en comunidad, sin votos, ligados a un mínimo de obligaciones como el encontrarse cada día en la oración vespertina y en el refectorio, donde se trataban discusiones de casos de moral y de otras disciplinas sagradas, siendo una recíproca formación y emulación.

### **Algo más que “devoción”.**

El P. Juvenal Ancina, después obispo de Saluzzo, escribía a su hermano: “Voy al oratorio de San Juan de los Florentinos, donde se hacen bellísimos razonamientos espirituales sobre el Evangelio, la virtud y los vicios, en la historia de la Iglesia o en la historia y vida de los santos.

Finalmente se hace un poco de música para consuelo y recreo de los espíritus cansados por los discursos anteriores. Tienen como “capo” a un tal reverendo Felipe, florentino, viejo sexagenario pero estupendo por muchos aspectos, especialmente por su pureza de vida, es un viejo hermoso, pulido, todo blanco; su carne es de tal guisa que cuando alza la mano, si se contrapone al sol, la luz la atraviesa como si fuera alabastro”.

¡Qué sencillo! En San Giovanni de los Florentinos toma forma la Congregación del Oratorio. Quedan instituidos los padres seculares del Oratorio. El espíritu de la comunidad, que más bien ha de llamarse “familia”, radica en la modestia y en la simplicidad, en la alegría y en la fraternidad, en la libre práctica de los consejos evangélicos y en el amor (caridad) fraterno.

Pronto, no obstante, arrela en el ánimo de Felipe Neri la convicción de que es necesario tener un ambiente propio, libre e independiente. Y será gracias al papa Gregorio XIII, quien le asigna en perpetuidad la Iglesia de Santa María in Vallicella, que se erige en esa Iglesia la nueva Congregación de Padres y Clérigos seculares, llamada del Oratorio. El entusiasmo fue tan grande que no esperaron ni mucho menos a terminar la nueva Iglesia para utilizarla, ni el final de todo el trabajo para ir a habitar la casa. “No estamos más en casa de otros, sino en nuestra casa; y por mejor decirlo en casa de la *Madonna Santissima Madre de Dios*”, escribirá Baronio a unos parientes.

Estas últimas palabras del discípulo revelan otro de los aspectos fundamentales en la espiritualidad del maestro y de sus hijos: la devoción a María. Es algo que recomendó siempre a todos y muy particularmente a los jóvenes. Su vida, su apostolado, su trabajo estuvieron siempre impregnados de la presencia de María. El fervor que ya de pequeño tenía a la Madonna está siempre en su corazón; tanto es así que cuando sus discípulos querían llamarle “fundador”, él, muy convencido, decía: “De María sois hijos (nacidos): Ella es vuestra Institutriz y Madre”. La veneración a la Virgen fue a lo largo de su vida cada vez más profunda. Su ministerio sacerdotal no se puede entender si se separa de su gran devoción a la Madre, proyectada en el confesionario; reflejada en la Congregación del Oratorio, de la que la madonna será la Madre y Abogada de sus hijos; testimoniada en la misma “Chiesa Nuova”, toda ella dedicada a la Virgen, pues todos

los altares de todas las capillas le son dedicados... De su eficacia estaba plenamente convencido; y aunque me aparto de los hechos anecdóticos, no puedo saltarme que después de estar gravemente enfermo durante veinticinco días, en 1594, ante el estupor de los médicos y de los que le atendían, dijo “...La Madonna Santissima ha venido a mi y me ha curado”... y vivió un año más.

Pero no nos adelantemos. Estábamos hablando de la construcción y ocupación de la Iglesia madre de los oratorianos. En enero de 1578 los filipenses ya están todos en la Vallicella. Bueno, todos no. Felipe Neri se quiso quedar solo en San Girolamo. Se resistía a cambiar su domicilio porque no quería ser considerado fundador de la nueva comunidad ni asumir el papel de superior. Prefiere estar apartado, en silencio. No obstante, en 1583, por mandato del Papa, se unió a la comunidad no sin organizar un divertido cortejo para trasladarse, por un lado, para vencer su tristeza y, por otro, para probar su humildad y la de los suyos: una procesión, por las calles de Roma, de padres y laicos llevando en las manos toda clase de objetos: desde un libro viejo a una silla, pasando por una pieza de batería de cocina o un simple jarrón... Su sano humor fue uno de sus instrumentos de apostolado y conversión, un medio eficaz para humillarse, para rebajar su orgullo propio y el de los otros y así adquirir méritos.

En la Vallicella vivió en dos pequeñas estancias, casi bajo el mismo tejado, pues quería estar cerca del cielo. Su filosofía podría resumirse precisamente en eso: tended siempre hacia el cielo, porque las cosas de la tierra son fugaces. Él quiso vivir en absoluta pobreza y sencillez. No quería un trato especial ni ser reconocido como superior (“primo tra uguali”) ni cualquier tipo de distinción en el servicio, en el hábito o en la forma de vida. Así, con el corazón devorado por el Amor, su vida interior tuvo como fundamento la humildad, la caridad, la mortificación, la oración... y la “Chiesa Nuova” será un faro de espiritualidad que iluminó la Roma de su tiempo.

Para Roma Felipe Neri fue un hombre de cultura y de caridad, de enseñanza y de oración; fue el sacerdote santo, infatigable confesor, ingenioso educador, amigo de todos y consejero experto en la dirección de conciencias. Su pequeña estancia siempre estaba llena de gente. Todos le llamaban “Padre”. Fue un instrumento de Dios, incluso salvando de manera prodigiosa a un joven de ahogarse en el mar, o resucitando a otro durante un momento para que pudiera confesar un pecado.

## **Plenitud, más que muerte**

Toda Roma lloró la muerte serena y apacible de aquel hombre lleno de alegría y de vida, que tuvo lugar la noche después de la fiesta de Corpus Christi (26 de mayo de 1595), y con orgullo y fe ya entonces lo aclamó como “santo”. La Iglesia, recogiendo aquel clamor del pueblo, después de sólo veinte años lo colocó en la lista de los Beatos, y el 12 de marzo de 1622 en medio del entusiasmo de los romanos y de toda la cristiandad, lo glorificará con la corona inmortal de los Santos.

Después de cuatro siglos, Felipe Neri –el Pippo Buono– sigue vivo. Y así, podemos decir que la tendencia paganizante que en estos últimos años estamos viviendo, ya apareció por primera vez en la historia de una manera importante en la época del Renacimiento, cuando se empezó a concebir la felicidad como una cosa alejada e incluso opuesta al hecho cristiano. Aquella tendencia paganizante, que sólo llegó a ser embrionaria en algunas sociedades, es lo que hoy podríamos llamar neopaganismo. Por eso la existencia de una reforma de la Iglesia era tan capital hace cuatrocientos años, como lo es hoy en día. Únicamente una profunda reforma de la Iglesia que la lleve a sus orígenes, a sus fuentes, que sea un volver a nacer desde la evidencia de la belleza de la experiencia cristiana, sólo ese tipo de reforma de la Iglesia

desata energías misioneras, evangelizadoras. Y, usando palabras que el Dr. Guzmán Carriquiry, Subsecretario del Pontificio Consejo “Pro Laicis”, pronunció en Sevilla, con motivo del I Encuentro Internacional de Oratorios (1992), me parece que es lo que la Iglesia necesita en el amanecer de este nuevo mundo que está surgiendo a principios del tercer milenio: una profunda reforma que sea capaz de re-partir, de volver a partir, desde un seguimiento, desde un reconocimiento de Jesucristo. Ya partir de aquí desencadenar esas energías misioneras a la nueva evangelización que el Santo Padre convoca.

### **Felipe Neri, promotor de los laicos**

En todos los tiempos de cambios históricos, de cambio de época –recordemos que estamos a principios de siglo–, la tradición cristiana se siente amenazada y necesita un resurgir, volver a las fuentes, a la Fuente, a Cristo, y desde él rehacer unas nuevas maneras de vivir la comunión de la Iglesia; abrir nuevos caminos de enculturación de la Iglesia y el Evangelio; y desencadenar, finalmente, la evangelización de los pueblos...

En el siglo XVI, Felipe Neri fue, siguiendo lo que acabamos de decir, un impulsor extraordinario del papel de los laicos en la Iglesia, un papel que hoy parece ha de tener más relevancia cada día que pasa. Y entonces pasaba porque, fundamentalmente, después de tiempos de reforma, en los tiempos de la contrarreforma la reacción de la Iglesia a la exaltación unilateral del sacerdocio universal de los fieles por parte de los protestantes, llevaron críticamente, reactivamente a la Iglesia a afirmar un rostro excesivamente clerical en su praxis. Y se desencadenó este movimiento de promoción del laicado que ya en Felipe Neri era parte viva de su acción pastoral; en la Congregación del Oratorio fundada por él, ya encontramos sorprendentemente, en aquel tiempo, que los laicos compartían la Palabra de Dios, comentaban las resonancias que suscitaba en sus corazones, la ponían en relación con sus necesidades, con los acontecimientos de la vida de Roma de cada día... Los laicos del Oratorio eran verdaderos predicadores, y ya en el siglo XVI.

Felipe Neri, ciertamente, empezó la reforma de la Iglesia con la predicación y la promoción del laicado, sin considerar la política del gobierno establecido, ni el rigorismo de los Papas, ni las amenazas de la Inquisición. Parece que hubiese vivido por adelantado la tercera etapa del Concilio Vaticano II, en la que se trató sobre el papel de los laicos en la constitución de la Iglesia. Su actitud, inspirada por el Espíritu, conecta perfectamente con la llamada de Pablo VI: “Jerarquía y laicado, imagen viva de la Iglesia”. En los primeros tiempos del Oratorio, en aquella Comunidad-Familia, sacerdotes y laicos, libres, sin votos ni ataduras, sólo el amor, se descubre el gran retorno al nacimiento de la Iglesia. Ya partir de ahí: ir al pueblo; atender barrios, escuelas, mercados, hospitales...; trabajar con los marginados; acoger a todo el mundo, defendiendo a la mujer, a los gitanos, a los judíos, a los extranjeros, a los herejes, a los pecadores...; formar grupos con todo tipo de gentes para despertar y ayudarles a perseverar en la fe, escuchando y comentando la Palabra de Dios y haciendo oración; fundar patronatos para niños y jóvenes; reunir sacerdotes que vivan y realicen su ministerio y trabajo pastoral, viviendo unidos en una Casa-Hogar, donde puedan encontrar la alegría de la comunicación, el enriquecimiento de la amistad y la perseverancia de la vocación compartida; formar a la juventud, organizando encuentros, salidas, convivencias, charlas, fiestas, obras de caridad... donde la simpatía y el chiste, los juegos y la oración, la amistad y el diálogo mantengan sin tensiones su vitalidad y el aprendizaje difícil de la existencia...

Y esto lo podemos observar aún hoy, en los hijos de San Felipe Neri, de los Oratorios de España y del mundo, que se mantienen fieles a las enseñanzas y al carisma de su fundador.

Es muy interesante, en este sentido, la tradición oratoriana, también aquí. Se tiene conciencia clara de que es desde la dignidad de ser “christifideles”, es decir, desde la dignidad del bautizado y de su sacerdocio común, como nace la exigencia y la responsabilidad de una participación de los laicos en la edificación de las comunidades cristianas y maduras y en la transformación del mundo según los valores evangélicos.

Parece que, hoy en día, la escasez de religiosos, de presbíteros, en muchas ocasiones multiplicará la idea de un laico como agente de la pastoral que llega en ayuda de esa misma escasez. También se nota, hay que decirlo, una cierta tendencia no controlada de una excesiva absorción del laico en quehaceres eclesiásticos que hace que de alguna manera se le siga concibiendo como una suplencia clerical. Esta situación lamentablemente, no hay que negarlo, puede distraer al laico de lo que ha de ser su testimonio y su responsabilidad peculiar, original en la realización de la misión de la Iglesia en el mundo, es decir, estar en el corazón de todas aquellas actividades, ambientes y situaciones donde esté en juego la dignidad del hombre, en medio de la convivencia social, en las condiciones ordinarias de la vida familiar, en el trabajo, en la política, en la cultura, en las comunicaciones sociales... Allí donde a menudo la influencia de las personalidades eclesiales e institucionales está alejada, no llega, y donde, por el contrario, el testimonio cristiano del laico ha de ser presencia viva de la Iglesia.

Felipe Neri, un laico que se ordenó presbítero por obediencia a los treinta y seis años, como hemos dicho anteriormente, nos enseña precisamente, como lo hace toda la historia de la Iglesia, que las reformas no pasan por caminos de más facilidad, sino de mayor exigencia... Siguiendo, pues, el ejemplo de Felipe Neri, las Congregaciones del Oratorio, han presentado un cristianismo que es pasión por todo lo que es humano, poniendo en movimiento todo lo que hay de más humano en la persona, enfrentando ésta a la radicalidad del Evangelio; es decir, un cristianismo que convoca, que llena, que marca, que atrae.

Sirvan de ejemplo, teniendo presente el tiempo que vivimos, las siguientes propuestas de acción pastoral que un grupo de laicos del Oratorio de Gracia, ha elaborado:

La primera se resume, sencillamente, en la invitación a ser “christifideles” siguiendo el testimonio de Felipe Neri. El don recibido por Felipe Neri y hoy compartido es mucho más que una doctrina abstracta o un recuerdo nostálgico y romántico, es una propuesta de vida, tan fascinante hoy como hace cuatrocientos años, para el bien de los cristianos y de la realización de la Iglesia en el mundo.

La segunda se sintetiza en la experiencia de edificación de comunidades eclesiales donde se manifiesta la densidad y la belleza del misterio de comunión al que toda persona está destinada; en familia, sentirse hijo del Padre y hermano de todos los hombres y mujeres del mundo.

La tercera es ese ir “ad gentes”, estar presente en medio de la gente, *para ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención que se realiza en Cristo Jesús*<sup>3</sup>. Tenemos, pues, que repensar, proponer y vivir nuevas maneras de presencia misionera en la “ciudad” en relación a las condiciones y mutaciones

---

<sup>3</sup> Cf. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptor Hominis*, n. 10.



actuales de la sociedad. Ser misionero en la secularidad requiere discernir nuevos “areópagos”<sup>4</sup> de la convivencia ciudadana.

### **Opción preferencial por los jóvenes**

El Oratorio permite visualizar ese misterio de unidad que requiere gente de toda clase y condición. Bien se señaló que se aplica perfectamente al ejemplo de Felipe Neri aquello que recomendaba el Concilio Vaticano II, de manera especial a los presbíteros, cuando se afirma: *Dispongan su morada –habitationem– de manera que a nadie esté cerrada y que nadie, incluso el más pobre, recele frecuentarla*<sup>5</sup>.

Por otro lado, los que formamos las comunidades del Oratorio, por el hecho de ser comunidad no podemos dejar de ser testigos del amor misericordioso que se realiza en su fecundidad de perdón, penitencia y conversión en el sacramento de la reconciliación. Un cristiano que vive en esta compañía –la de una comunidad de pecadores perdonados, reconciliados... que afirma ser el Cuerpo de Cristo– no se escandaliza de nada: no siente el escándalo sino el dolor del mal... A diferencia de un Savoranola –a quién Felipe Neri admiró– su estilo no es de las invectivas morales.

El ejemplo de Felipe Neri, además, nos compromete hoy en lo que la Iglesia llama *opción preferencial por los jóvenes*. Continúa siendo cierto que los jóvenes aprecian más los testimonios que los maestros. El encuentro y el seguimiento de Cristo mediante sus testimonios llega a ser fuente de gozo, de afecto, de alegría en toda la vida; y sólo en alegría se realiza una presencia comunicativa... Es por eso por lo que hoy el Oratorio de San Felipe Neri ha de invitar y convocar a los cristianos del mundo y para dar testimonio de ser evangelizadores y educadores de juventud.

Para acabar, nos podemos preguntar: ¿el mensaje de Felipe Neri es actual para el hombre de hoy, que se debate frenéticamente entre la angustia, la inseguridad, la crisis? ¿Y para una sociedad que está perdiendo los valores fundamentales e insustituibles de la belleza, de la bondad, de la legalidad, de la moralidad...?

Felipe Neri restaura la Iglesia con un nuevo fermento de gracia, haciendo el bien, respetando la personalidad del individuo, viendo en la historia la presencia de Dios que es misericordia y descubriendo, sobre todo, la gratuidad de su amor.

Él quiere que todo el mundo, incluso el último mono de la sociedad, llegue a la santidad –todos estamos llamados a ser santos; nuestro Padre lo es–, no por el uso de duras penitencias y mortificaciones, sino haciendo la voluntad de Dios, trabajando en y por la paz, soportando con coraje la cruz de cada día, cumpliendo fielmente el propio deber cotidiano, amando al prójimo con alegría.

Su modo de evangelizar “de corazón a corazón”, acompañado siempre de una caridad efectiva hacia los otros y de un gran amor por la Iglesia, produce serenidad y alegría, no para condenar al mundo sino para liberarlo de la soledad, acogiendo a todos los hombres con sus debilidades y divisiones, y salvarlos.

### **El “Oratorio” está vivo**

No hay duda de que el mensaje de Felipe Neri es válido para nuestros días. Es moderno, actual, perenne porque así es el Evangelio. Y la figura de Felipe Neri es uno

---

<sup>4</sup> Cf. JUAN PABLO II, Encíclica *Redemptoris Missio*, n. 37.

<sup>5</sup> Cf. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, n. 17, citado en BELDERRAIN, P., *Felipe Neri, sonrisa de Dios*, Folleto CONEL, n. 65, p. 14. Ediciones de la CONFER, Madrid 1990.

de los grandes ejemplos para la nueva evangelización que la Iglesia, guiada por el Espíritu, al alba del tercer milenio, está preparando.

Hoy, en el siglo XXI, podemos descubrir una presencia que nos habla, nos interroga y espera.

De todos los que hicieron posible la Reforma en la Roma del Cinquecento, Felipe Neri no ha tenido un papel importante en la Curia romana, no ha sido famoso por sus escritos, no fundó una potente Congregación con un gobierno centralizado; es más: no era ni romano de nacimiento; pero, a pesar de todo, sólo a él se le ha otorgado el título de “segundo Apóstol de Roma”.

*Aprended de los Santos*, recomendaba ya en tiempos apostólicos la “Didaché”, No son figuras lejanas, románticos prototipos, especie de “superhombres”, una aristocracia inalcanzable del espíritu. Constituyen, al contrario, una presencia compañera en la peregrinación de los cristianos, esa comunión de los santos que sostiene y edifica a la Iglesia, maestros de la humanidad que traducen lo divino en lo humano. Felipe Neri está entre nosotros. *De sus discípulos* –se dijo en el Encuentro Internacional del año 1992, en Sevilla– *se espera hoy poder entrever esa fecundidad de su presencia para nuestros contemporáneos...* Y, podríamos añadir: de todos los que nos llamamos cristianos y nos sentimos llenos de alegría por sabernos hijos de Dios, ¿qué se espera?

P. Ferran Colás Peiró,  
Prepósito de la Congregación de San Felipe Neri de Gràcia